

A Dios le gusta el vino

Jesús Fonseca

Pueden sonreír, pero háganlo con piedad: sostiene el leonés Antonio Pereira, después de confesar que en París iba a espectáculos indecentes, y también en Tánger, que no es pecado soñar que a Dios le gusta el vino. Y como Pereira es como es, sencillo y bueno y devoto del Romancero y tiene el alma transida de gozosa ironía, invita en su último libro a merendar a Dios con él jestos del Bierzo, cómo son!-, para juntos unirse a los que cantan, disfrutan de la vida, se arriesgan, caen y se vuelven a levantar, y llevan la alegría en los ojos. Porque la alegría es contagiosa y siempre impide que la gente se deje arrastrar por la melancolía. *Meteoros* es el libro del que hablo. Recoge lo mejor de este poeta de Villafranca del Bierzo, que empezó a publicar en periódicos y revistas con una precocidad que ahora dice lamentar, pero sin la cual, como yo le digo, no habría llegado a donde ha llegado: a ser uno de los primeros nombres de las letras hispanas, con una obra de sorprendente coherencia y personalísima voz. Ya hecho un hombre, como él mismo suele contar, conoció la vanagloria de algunos premios en certámenes y juegos florales, mientras en León radicaba -y se radicalizaba- el grupo Espadaña, al que Pereira llegó tarde, casi al final de su movida navegación. Pero lo mejor de Pereira es que ha caminado y volado siempre por libre, completamente ajeno a fugaces modos y modas, hasta convertirse en lo que es. Su palabra justa, serena, delata a un escritor que ha logrado sedimentar y madurar su muy personal percepción del mundo y sus vivencias más íntimas, completamente volcado siempre del lado de quien hace igual la realidad a la ilusión. Y sucede que la obra literaria del castellano y leonés Antonio Pereira vive un momento de gloria. Sus cuentos se reeditan en España y traducen a otras lenguas, al igual que su poesía. Y yo quiero rendir hoy homenaje, con esta viñeta, a este poeta que se confiesa creyente, pero crédulo nunca, con un corazón que, como él mismo reconoce, vive por encima de sus posibilidades. Algo así como los señores de mi juventud, me dice, que gastaban más de lo que tenían y tenían menos de lo que debían. ¡Como ahora, maestro, como ahora!